

HISTORIA

DE LA

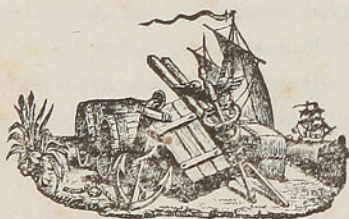
Revolucion Hispano-Americana:

Por D. Mariano Corrente,

AUTOR DE LA GEOGRAFIA UNIVERSAL.

Quand l'histoire serait inutile aux autres hommes, il faudrait la faire lire aux Princes. Il n'y a pas de meilleur moyen de leur découvrir ce que peuvent les passions et les intérêts, les tems et les conjectures, les bons et les mauvais conseils.

Bossuet, *Avant propos à l'Hist. univ.*



MADRID:

EN LA IMPRENTA DE D. LEON AMARITA.

1829.

CAPITULO IX.

QUITO: 1810.

Persecucion de los facciosos por el presidente conde Ruiz de Castilla. Maquinaciones de los revoltosos para una segunda conspiracion. Primeras noticias de la próxima llegada del comisionado regio don Carlos Montufar. Division de los sediciosos en dos partidos. Nueva revolucion estallada en 2 de agosto. Victoria de las tropas del Rei, i muerte de los primeros corifeos de la revolucion anterior. Indulto general publicado á favor de los facciosos. Las tropas de Lima al mando del brigadier Arredondo evacuan la ciudad de Quito. Tercera revolucion estallada por escitacion del comisionado Montufar. Preparativos en Guayaquil del nuevo presidente de Quito, don Joaquin Molina, para reponer la autoridad real en aquel reino. Atroz asesinato de dos beneméritos españoles. El pérfido Montufar entra en comunicacion con Molina, quien envia dos comisionados para arreglar los negocios públicos.

A fines de 1809 habia hecho el conde Ruiz de Castilla una pesquisa general de los reos de la primera revolución á pesar de la palabra que habia dado á los revoltosos de cubrir con un denso velo sus pasados desaciertos. Mas de setenta habian sido encerrados en estrechas prisiones; pero con el auxilio de sus familias logró don Pedro Montufar fugarse de la cárcel, i varios de los iniciados pudieron sustraerse á la persecucion. Puestos de acuerdo todos los partidarios, proyectaron otra conspiracion de consecuencias mas trascendentales.

No era posible que unos hombres constituidos ya en el último grado de compromiso, i relacionados en toda la provincia por su ilustre nacimiento, por sus riquezas, i por su poderoso influjo sobre la plebe ignorante, permaneciesen tranquilos espectadores del triunfo de sus contrarios, i que dejaran de empeñarse en nuevas aunque temerarias tentativas para adquirir la libertad, i hacer triunfar su causa. Principiaron estas por derramar el cohecho sobre las tropas de Lima, mandadas por el coronel don Manuel Arredondo, marques de san Juan Nepomuceno, figurándose que serian tan felices en sus maquinaciones, como lo habia sido el capitan Salinas con las compañías de la guarnicion de Quito en la primera revolucion.

Malgrado este primer paso, se valieron del astuto ardid de atacar la opinion de dichas tropas, atribuyéndolas un espíritu de rapacidad, dureza, i desorden, que, salvo algunos casos aislados, estaba ciertamente mui distante de la rigurosa disciplina que habia introducido en ellas su celoso comandante. Todos estos amañes i otra porcion de gratuitas invenciones, forjadas con la idea de hacer concebir al pueblo un odio injusto contra los que habian venido á salvarlo de la anarquía, ponian en claro los bulliciosos proyectos de los despechados revolucionarios. Todos estaban persuadidos de que aquellos iban preparando los medios para dar un terrible golpe á la autoridad del Rei. Solo el incauto i desprevenido capitan general estaba sumergido en un profundo letargo, precursor de la gran borrasca que mui pronto habia de levantarse contra su propia cabeza.

En este estado de sordo murmullo i de peligrosa agitacion se anunció la próxima llegada del comisionado regio don Carlos Montufar, hijo del marques de Selva Alegre, que habia capitaneado los primeros movimientos sediciosos de aquella capital. No faltaron personas sagaces i previsivas que hiciesen ver al presidente los malos efectos que habia de producir á la tranquilidad pública la presencia de un sugeto relacionado con los primeros corifeos de la revolucion. Subieron de punto las sospechas cuando se hubieron interceptado cartas que

dicho Montufar dirijia desde Popayan á su hermana, vertiendo en ellas las especies mas injuriosas á la causa del Rei, que él pretendia sostener. Empero era tan refinada la astucia, i tan disimulado el fingimiento de dicho Montufar, que supo deslumbrar á los gefes realistas, especialmente á don Miguel Tacon, gobernador de dicha ciudad de Popayan, quien al anunciar al presidente la llegada del pérfido comisionado, se deshacia en elogios ácia su persona, presentándolo como el íris de paz que habia de serenar todas las borrascas políticas.

Apesar del alucinamiento que habia sabido crear el astuto Montufar, habia muchas personas que llevadas de un acendrado celo, i que aun desconfiando de los dones que pudieran venir por manos tan sospechosas, trataron de despertar la dormida energía del presidente, corriendo el velo que encubria los artificiosos designios de los revoltosos: entre estos se distinguieron el citado Arredondo i el asesor general Manzanos; mas todas sus medidas de precaucion eran paralizadas por la demasiada confianza de aquel gefe, i por el pernicioso influjo de su confidente don Tomas de Arechaga, hombre de principios mui humildes, de cuyo defecto adolecian todas las deliberaciones que se tomaban sobre negocios de alta importancia.

La incertidumbre i el temor, que precedian á la marcha de don Carlos Montufar, aumentó la fermentacion de los ánimos en la ciudad de Quito. La paralizacion de los castigos contra los complicados en la primera revolucion, causada por la impolítica providencia del virei de Santa Fé en avocar á sí aquella ruidosa causa, animó á los descontentos, i les hizo ver que nunca les faltarian recursos para salir impunes de cualquiera atrevida aunque malograda empresa. De aquí resultó el que varios de los mismos prófugos entrasen disfrazados de noche en la poblacion para celebrar sus tenebrosos conciliábulos, i preparar una nueva esplosion política. Con estos ocultos manejos, que un gefe activo i cuidadoso habria podido disipar con facilidad, se llegó á pervertir enteramente el espíritu público, i á fomentar el odio contra el gobierno, i contra las tropas de Lima que lo sostenian.

Dos fueron los partidos que salieron á la palestra , dirijiendo el uno por los Montúfares , i el otro por los bulliciosos Morales, Quiroga i demas satélites de la primera revolucion. Este último partido puso en movimiento todos sus iníquos resortes para precipitar el rompimiento antes que llegase el jóven Montufar , con cuyo padre se hallaban mui resentidos por atribuir á su torpeza ó cobardía el triunfo conseguido por las tropas de Lima cuando restablecieron en su presidencia al conde Ruiz de Castilla , así como porque no podian avenirse en que recogiera el fruto de sus esfuerzos , quien no habia tenido parte en sus padecimientos i peligros.

Por mui oculto que se hubiera tenido este plan, no dejó de traslucirse. El asesor Manzanos i otros varios sugetos dieron parte de él al presidente , quien calificó de calumnia la misma realidad de los hechos ; i por mas que se trató de desvanecer su ceguedad , i de escitarlo á la adopcion de rigurosas medidas precautorias , fueron estos avisos mirados con desprecio , causando el mayor dolor el ver que aquel venerable anciano persistia dominado por la terca opinion, emitida desde el principio, «de que él solo con su guardia era capaz de disipar todos los grupos de los revoltosos , si alguno tenia la osadía de presentársele al frente.»

En el punto de reclusion , llamado el Presidio , se hallaban los soldados que habian abandonado las banderas del Rei en 9 de agosto del año anterior por cohecho de Salinas : al favor del descuido i abandono del presidente pudieron éstos recibir algunas armas , municiones , i aun uniformes iguales á los de las tropas de Santa Fé , que se hallaban entonces de guarnicion en Quito. Llegado el dia fijado para el rompimiento , que fue el 2 de agosto , dichos soldados presos asesinan al centinela , se apoderan de la guardia , i salen furiosos de sus encierros , vestidos con los mencionados uniformes , á fin de que las tropas realistas en el momento de la accion dudasen á quien dirigir sus tiros. Poco antes de estallar el alzamiento , que fue á la una i media de la tarde , habian pasado el presbítero don Antonio Tejada i don Simon Saenz de Vergara á

comunicarlo al conde, asegurando el primero que tenia de él un conocimiento exacto por un negro esclavo suyo que habia sido convidado por otro para tomar parte en aquella empresa, cuyo premio habia de ser su libertad. Levantóse el presidente de su cama; pero segun su terca costumbre estaba tratando de cobardes á aquellos dos sugetos, desechando con mofa sus importantes avisos, cuando se empezaron á oir tiros de fusil en la plaza.

El primer golpe que recibieron los facciosos fue de las guardias del principal i de la cárcel de la ciudad, cuyos soldados al ver correr aquellos hombres desafortadamente, les cruzaron los fuegos por hallarse el un piquete enfrente del otro, matando algunos de ellos, en cuyos bolsillos se encontraron 50 pesos, que habia sido el premio concedido á cada uno de los sublevados. Ya á este tiempo habia sido tomado el cuartel principal por varios insurgentes que salieron de la Universidad i de la capilla del Sagrario, favorecidos por el descuido, ó más bien por la malicia del teniente coronel Celi, perteneciente á las tropas de Lima, que habia sido contaminado por el pestífero aliento de los sediciosos. Don Gregorio Angulo, comandante de las tropas de Popayan, corrió á las primeras señales de alarma á su cuartel, que estaba pegado con el principal, sin mas division que la de un endeble tabique: este pequeño obstáculo que se ofrecia al esforzado Angulo para arrojar á los rebeldes de aquel edificio, es allanado bien pronto por un cañonazo; penetra atrevidamente en aquel recinto cuando ya los revoltosos habian ayudado á poner en libertad á algunos presos de los calabozos bajos, i cuando catorce de los altos habian sido asesinados por sus mismas guardias limeñas, temerosas de ser víctimas del furor revolucionario que las amenazaba con la proscripcion i la muerte. El coronel Arredondo, que se hallaba en el palacio del conde Ruiz de Castilla, cuando estalló el alzamiento, salió precipitadamente á ponerse á la cabeza de las tropas, i se presentó en el cuartel principal cuando Angulo habia penetrado en él por el interior. Obrando ambos gefes en perfecta

armonía i combinacion, desalojaron de él á los rebeldes, dando en este dia terrible las mas distinguidas pruebas de decision i arrojo.

Recobrado el cuartel, i alejados los enemigos de aquellas inmediaciones, uno de los primeros cuidados del coronel Arredondo fue templar el ardor de los valientes soldados que deseaban vengar las muertes de su comandante don Joaquin Villaspesa i de su querido capitan don Nicolás Galup, que habian sucumbido, el último á los primeros golpes de los facciosos cuando sorprendieron la guardia, i el primero en la calle luchando largo tiempo contra un gran número de aquellos asesinos: trató en seguida de asegurarse de los presos de los calabozos altos que habian podido ocultarse; algunos de los calabozos bajos, que lograron evitar la catástrofe de sus compañeros, salieron con algunos fusiles que pudieron haber á las manos á sembrar el horror i espanto por las calles de la ciudad, reunidos con los demas facciosos armados de puñales.

¡Horrible dia por cierto fue el 2 de agosto para los habitantes de Quito! El odio mas encarnizado, el deseo de la venganza, la crueldad, i la ferocidad estaban pintadas en los semblantes de los revoltosos: el mas crítico compromiso, el honor de la milicia, el deseo de su propia conservacion, i el mas denodado valor para rechazar victoriosamente á los que habian jurado el esterminio de los buenos, dirijian el brazo irresistible de los comandantes Arredondo, Angulo i de todas las tropas realistas. El fuego habia prendido casi simultáneamente por todos los ángulos de la ciudad; la muerte volaba por todas partes; las campanas de las iglesias tocaban á rebato; el vecindario estaba dividido, una parte entre los combatientes, i otra en el seno de sus familias, esperando el trágico fin de aquellas sangrientas escenas. Todo era horror i confusion; pero vencieron las armas de Castilla. A las cinco de la tarde quedó sosegado el tumulto. Los facciosos que pudieron salvar sus vidas se retiraron á los Ejidos de la ciudad, en donde esperaban un refuerzo de 400 hombres de caballe-

ría de los pueblos inmediatos. No faltando ya para coronar el triunfo de aquella jornada sino la dispersion de dicha fuerza, salió el ilustrísimo obispo con las comunidades i demas prelados eclesiásticos á persuadirla de lo infructuoso de sus esfuerzos, cuando ya los agentes de la primera revolucion, que habian sido los promovedores de aquellos desórdenes, habian sido víctimas de este nuevo atentado.

Digna es de especial recuerdo la visible disposicion del Altísimo en el castigo impuesto en esta ocasion á los impíos. Los primeros revolucionarios del 9 de agosto del año anterior espionaron sus horrendos delitos en el mismo sitio en que habian dado principio á sus movimientos subversivos. Ellos mismos forjaron una nueva revolucion para ser sus primeras víctimas. En la misma sala capitular en que se habia dado el primer grito contra la autoridad del Rei se vieron por una rara casualidad cadáveres yertos los catorce corifeos principales de la pretendida regeneracion quiteña; i por una fatalidad inesplicable, ó mas bien para que se cumpliesen los inescrutables decretos del autor Supremo, hallaron por sepultura las mismas bóvedas destinadas á los malhechores que sucumben al brazo de la justicia. ¡Cuántas reflexiones arroja este lastimoso suceso! ¡Qué lecciones tan amargas para los promovedores de desórdenes, para los genios ambiciosos, para los que lanzándose en la carrera de la revolucion aspiran al pomposo título de héroes, sin calcular que son pocos los que dejan de pagar en un patíbulo aquel falso i momentáneo brillo con que se han dejado deslumbrar! Testigos son de esta verdad los mismos quiteños, los caraqueños, los mejicanos, los buenos-aiireños, los peruanos, los chilenos, i finalmente todos los estados revolucionados de la América española. Sus corifeos con mui pocas escepciones han tenido una muerte la mas desastrada. Casi todos han sucumbido á los golpes de una lanza, al impulso de un puñal, á los filos de la espada, á las puntas de las bayonetas, á la mordedura de insectos venenosos, al estrago de las balas, i aun varios á los acerbos dolores de violentas enfermedades.

Restablecida ya la calma en la ciudad de Quito, se celebró una junta general, en la que se acordó publicar un indulto sin restriccion alguna. Parecia que esta medida habia de ser recibida con el mayor alborozo por todas las clases; mas no satisfizo á la nobleza, la que al considerar malogrados mas de 200 duros empleados para conmover la plebe, i degollados en las últimas refriegas varios de sus amigos i parientes, nunca desistieron de sus inicuos i desorganizadores proyectos.

Conociendo el gobierno que los ánimos estaban mui distantes de reconciliarse, se tomaron las mas activas disposiciones para fortificar la plaza, i precaver toda sorpresa; i como se creyera erroneamente que ya las tropas de Lima no fueran de una absoluta necesidad para cubrir aquella guarnicion, de la que se habian encargado las tropas de Santa Fé, emprendió el coronel Arredondo (nombrado ya brigadier por su bizarro comportamiento) su marcha para Guayaquil, en cuyo tránsito padeció bastantes trabajos por haberle privado de víveres i demas ausilios los pueblos de aquella carrera, pervertidos con las cartas de los revolucionarios de Quito, que pintaban á estos beneméritos soldados con los mas horribles colores.

La salida de dichas tropas de Quito fue la señal de una nueva revolucion, fomentada por el poco respeto que infundian las de Santa Fé, en razon de su corto número. El dia 9 de setiembre llegó el pérfido Montufar á la capital: faltando este comisionado regio á las leyes del honor i de la confianza que habia merecido del gobierno español, abusó de tal modo de la sencillez del conde Ruiz de Castilla, que lo redujo á una completa nulidad; i despidiendo las pocas tropas auxiliares que habian quedado, i levantando otras nuevas del pais instaló la antigua junta revolucionaria en 20 del mismo mes, colocando al marques su padre á la cabeza, i en seguida al obispo con otros varios miembros del clero, nobleza i pueblo. Todos los autores i cómplices de los primeros movimientos subversivos fueron convocados de nuevo, i emplea-

dos en la administracion pública ó en el servicio de las armas. Confiados en la debil resistencia que podia oponerles la escasa guarnicion, descorrieron el velo á sus proyectos de independencia, si bien pronunciaban todavía con un fingido acatamiento el augusto nombre de nuestro Soberano, conservando al legítimo presidente una cierta apariencia de autoridad, que era mas bien juguete ó instrumento pasivo de sus maquinaciones.

Noticioso de estos alarmantes procederes el gefe de escuadra don Joaquin Molina, que se hallaba en Guayaquil de paso para relevar de la presidencia de Quito al conde Ruiz de Castilla, reunió unos 600 ó 700 hombres de las mismas tropas que se retiraban á Lima i de algunas otras del pais; cuyo mando confió al brigadier Arredondo para que fuese con ellas á guarnecer el punto del asiento de Huaranda. Los desórdenes iban creciendo en la rebelde Quito: entre las víctimas sacrificadas al rigor revolucionario, debe hacerse particular mencion de dos beneméritos españoles; el uno don Felipe Fuertes i Amar, oidor de aquella real Audiencia, que fue el que entendió en la causa, incoada contra los primeros revolucionarios por el asesor general Manzanos, i el otro don José Vergara Gabiria administrador de Correos.

Para sustraerse estos dignos sugetos al despecho de los revoltosos, salieron de Quito con la mayor reserva dirigiéndose ácia los desiertos de Mainas; pero como al llegar al pueblo de Papallacta viesan la imposibilidad de franquear lo fragoso de aquellos caminos i montañas sin el auxilio de los indios, encargaron á un tal Basantes les proporcionase los competentes guias; mas abusando villanamente este traidor de la apurada posicion de aquellos ilustres prófugos, pasó á Quito á descubrirlos al capitan don Nicolas de la Peña, por cuyo influjo fue comisionado don Manuel Torres i Tinajero, para que con algunos soldados de caballería se apoderase de sus personas. En el entretanto habia el inhumano Peña seducido algunos indios del Ejido de Añaquito para que cuando los prófugos llegasen á este sitio los matasen á palos, si les era

posible. Codiciando el infame Torres apoderarse de 30 á 40 duros que el infeliz Gabiria llevaba en oro i alhajas, metidos dentro de un pellon, propuso á esta destinada víctima mudar de caballo para seguir el viage, haciéndole ver la mayor facilidad que él tendria de salvar aquellos intereses. Aceptó gustoso esta proposicion el incauto español, i desde aquel momento quedó decretada su muerte. Los indios, aunque alborotados por Peña, habrian podido ser contenidos por la escolta de Torres; pero este perverso, que ya estaba saboreando el fruto de su rapiña, fomentó el desórden en vez de apaciguarlo, i presenció con complacencia aquel bárbaro asesinato.

Va Torres se creia seguro poseedor de aquel tesoro, con el que trataba de proporcionarse una vida cómoda i deleitable, cuando la visible mano del Omnipotente tomó á su cargo vengar de un modo terrible i estrepitoso aquel bárbaro ultraje hecho á la humanidad. Desapareció la calma del ánimo de Torres; principiaron los remordimientos, la aprehension, el temor, el delirio i la desesperacion. Veia por todas partes la sombra de Gabiria, que le pedia cuenta de su asesinato i de su robo. « Si, yo fui, exclamaba Torres en la fuerza de su extravío mental, ¿qué quieres de mí? Aquí está tu dinero, no me atormentes; vete, fantasma terrible, limita tu castigo al vivo aguijon de mi delito que me roe las entrañas, ó acaba de un golpe con mi vida sino está satisfecha tu venganza. No prolongues mas mis tormentos. Clava en mi pecho el mismo puñal al que yo di impulso para que se cortára la carrera de tus dias. Cébate en mi sangre, bien lo merezco; pero haz que cese el martirio que sufre mi agitado espíritu.

Así pereció aquel miserable, traspasado por los agudos filos de su conciencia, dando con su sobresalto, afanes, agonías, i extravagantes contorsiones indubables pruebas de la desesperacion de su alma (1). Sacrificadas ya estas dos nobles víctimas, fueron ata-

(1) Este cuadro original i verdadero, que el autor de la presente historia ha trazado segun documentos fidedignos que han llegado á sus manos, aterró

das por los pies, arrastradas por las calles i espuestas en el pretil de palacio á la vista pública. La furiosa plebe trató de dar igual fin al presidente; pero pudo estorbarlo la entereza del cabildo eclesiástico, que accidentalmente salia de la catedral.

El pérfido don Carlos Montufar, autor de estas conmociones i escesos, que á aquella sazón se hallaba en el asiento de Ambato, ocultaba con una falsa hipocresía i refinado fingimiento los dictados horribles de su corazón, dando parte al presidente Molina de tamaños ultrages con espresiones las mas aflictivas, i llenas de celo por restablecer la autoridad Real, creyendo le sería fácil hacerle tragar el pestífero veneno de sus imposturas i falsedades. Molina fingió creerlo i envió por comisionado para tratar sobre las bases de restablecer la pública tranquilidad al capitán del puerto de Guayaquil don Joaquín Villalba. Al llegar éste á las inmediaciones de Quito, salió el pueblo alborotado contra él, fingiendo un entusiasmo por la revolucion que no era mas que el efecto inmediato de las sugestiones de los nobles, i de la obediencia que aquel prestaba á sus disposiciones; fue alojado en la casa de don Pedro Montufar, i tenido en clase de preso con guardia de la misma turba, que movia continuas asonadas, con la idea de que á su regreso á Guayaquil hiciese ver al nuevo presidente la imposibilidad de dominar un país, en el que se habia arraigado tan profundamente el espíritu de la independencia.

Los horribles colores con que Villalba pintaba el estado de Quito, i los desacatos i tropelias contra su persona, irritaron de tal modo los ánimos de los guayaquileños, que se presentaron en la mayor exaltacion á don Joaquín Molina, pidiéndole que hiciese uso de las armas contra los rebeldes, ya que se habian agotado todos los recursos de la persuasion. Viendo el detenido i reflexivo presidente los negocios públicos

á todos los circunstantes, menos á la esposa del réprobo Torres, llamada vulgarmente *la bandola*, la que despreciando los estímulos de la religion i de la justicia, retuvo, i destinó para sus caprichos i placeres aquellos mismos intereses que llevaban el sello de la maldicion.

bajo un aspecto mas pacífico, trató de apurar los últimos esfuerzos de la dulzura i mediacion. Con esta mira aceptó la del coronel Bejarano, que aunque notado por algunos como adicto á la independencian, se creia sin embargo que obraria en buen sentido, i que finalmente sería poco de sentir su pérdida, si se declaraba por los insurgentes.

Apenas llegó á Quito este nuevo comisionado, fue puesto en libertad Villalba, i aquel fingió arrojarle con el mayor celo á sostener la causa de los revoltosos, mientras que con su acostumbrado disimulo trataba al parecer de restablecer la paz i ahorrar la efusion de sangre. Siguiendo su curso estas negociaciones, en las que competian de un lado el disimulo, los ardides, el engaño i la traicion, i de otro la buena fé, la franqueza, el amor al órden, i el deseo de la reconciliacion, se pasaron los últimos dias de 1810.

